

hermosura, hasta el punto de que se hizo maravillosa.

Por entonces fué cuando D. Pero Nuñez de Lara, ganoso de aventuras, llegó, como sabemos, á la alquería de Sayda Noema, y no encontrando en su extenso jardín á nadie, y rendido de fatiga, se escondió con su caballo entre una espesura de mirtos, y tendiéndose allí sobre la fresca yerba, se quedó dormido.

Giazul era, pues, la hermosa criatura que habia sobreveaido con el calor de la siesta durante el sueño del bravo y jóven aventurero.

---

---

## CAPITULO VI.

---

### El primer momento del amor.

Giazul acostumbraba á ir durante el gran calor de la siesta á aquel lugar sombroso, cerca del agua, donde se gozaba un fresco vientecillo saturado del perfume de las flores, á leer poesías, muchas de las cuales habian sido consagradas á ella por enamorados, ó hermosos cuentos de hadas ó de encantos.

A la caída de la tarde iba á buscar á Sayda Noema, ó Sayda Noema iba á buscarla á ella.

Giazul no tenia penas.

Ignoraba de todo punto la tragedia de sus padres.



Se creía hija del sacristan de Alfagor, y en cuanto á las penas del amor, no las habia conocido.

Su existencia era fresca y riente.

Sayda Noema la amaba como si hubiera sido su hija, y Giazul amaba á Sayda Noema como si ésta hubiera sido su madre.

Querida, halagada, rodeada de comodidades, los dias de Giazul resbalaban dulces y tranquilos.

Pero la llevaba con frecuencia á Madrid y á sus fiestas Sayda Noema, y como era imposible que ojos de varon viesen la hermosura de Giazul sin codiciarla, la llovieron enamorados.

Y no así como se quiera, sino grandes y ricos caballeros de lo principal de la córte.

Pero á Giazul le parecia el uno feo, el otro viejo, éste pequeño, aquel grande, descarado el uno, insípido el otro.

En fin, no habia ninguno en el cual no encontrase enormes defectos que le hacian un enamorado de desecho.

El corazon de Giazul permanecia, pues, tranquilo, en el más perfecto estado de candor y de inocencia.

Cuando vió tendido al pié del mirto á D. Pero Nuñez de Lara, se sobresaltó.

Experimentó una turbacion nueva para ella, y sus ojos se fijaron con ánsia en el hermoso semblante del jóven dormido.

No gritó, no huyó.

El amor la acometia por primera vez, y no sentia miedo por la presencia de aquel caballero cristiano, que bien mostraban que lo era su traje y los jaeces de su caballo.

Como hemos dicho, Pero Nuñez de Lara, al desembarazarse de su arnés, preveyendo el caso de tener que arrojarse á nado, habia quedado en jubon y calzas.

Este jubon y estas calzas eran de ante finísimo con bordadura de plata y se ceñian completamente á las formas, lo que permitia que Giazul conociese la gracia y la belleza de la configuracion del mancebo.

Durante algunos segundos permaneció Giazul suspensa contemplando á Pero Nuñez de Lara, irresoluta, coartada, absorta, sin que acudiese á su imaginacion ni un solo pensamiento.

El amor, ó mejor dicho, el principio del amor, la ganaba más y más.

A medida que pasaba el tiempo, iban acudiendo ideas á su cerebro.

¿Cómo era que estaba allí aquel caballero cristiano?



¿Qué habia hecho de su arnés?

Giazul adivinó que le habia arrojado para pasar á nado el rio.

Aquel caballero debia haber ido de Alcalá.

¿Pero habia llegado él solo?

Como él, ¿no habian pasado el rio otros?

¿Amenazaria algun peligro á la alquería ó tal vez se habia extraviado aquel caballero y que si estaba solo era el amenazado?

Giazul permaneció algun tiempo contemplando á D. Pero Nuñez.

Luego se retiró de una manera silenciosa.

La huerta, así como la ribera, á causa del gran calor, estaban desiertas.

Pero no sucedia lo mismo respecto al corazon de Giazul, que de improviso se habia poblado de ilusiones y temores.

A medida que pasaba el tiempo, recordaba con más vehemencia al cristiano.

Se embellecia en su recuerdo y se sentia atraida de una manera poderosa hácia él.

Pero ¿debia ella, hija del islam, contraer unos amores malditos por un nazareno?

¿Debia pagar con la perdicion de su alma su amor?

Esto la aterraba.

Si algo habia y hay odioso para un musulman es un cristiano.

Sin embargo, con mucha frecuencia se han dado ejemplos de que el amor salta por encima de este ódio.

Sentóse bajo un laurel, cobijada por su sombra, al lado de una cristalina y murmuradora fuente, la hermosa mora, y allí permaneció sin saber qué hacerse, con la mirada fija en la enramada que ocultaba al caballero cristiano y sin poderse dar cuenta de lo que sentia.

Porque ella, aunque nunca habia amado, comprendia que se habia enamorado, y el amor la cogia tan de nuevo que la asustaba, la perturbaba y la ponía en confusiones.

Impulsábala el alma, á ir de nuevo á aquella encantada enramada, y su fé de musulmana se lo impedia.

Temia por otra parte que si álguien sobreviniese, encontrase al cristiano, y la vida ó la libertad de éste se pusiesen en peligro.

Deseaba que, una vez habiendo descansado el hermoso caballero, volviese á pasar el rio y se fuese con los suyos.

Pero la idea de no volverle á ver la apretaba de tal manera el corazon, que á los ojos se le salian las lágrimas.



En fin, el amor pudo más que toda otra consideracion en Giazul, y aunque avergonzada de sí misma, y vacilando entre su deber, que la contenia, y su deseo, que la impulsaba, se fué acercando lentamente, paso á paso, á la enramada, hasta que á ella llegó, y por entre dos verdes matas miró al lugar donde el caballero estaba.

Este habia despertado, así como su caballo.

Entrambos se habian puesto de pié.

D. Pero Nuñez de Lara se ajustaba el cinturón de que pendian á la izquierda su espada, á la derecha su hacha de armas.

En la actitud en que se encontraba, y con sus hermosas formas, aparecia como una bella estatua, en cuanto al efecto, que por lo demás, D. Pero Nuñez estaba muy léjos de representar la inmovilidad de una estatua.

Su cabeza giraba observando por entre los claros del ramaje, y sus negros, poderosos y brillantes ojos se fijaban de una manera profunda en la alquería que allá al fondo del huerto se levantaba.

Entre tanto, sucesivamente, escurria de las mangas de su sayo, con sus fuertes manos, el agua de que las mangas, así como el resto del traje, estaban impregnados, y en su brava

actitud no habia muestra de vacilacion ni de miedo.

El viento, que habia secado su larga y rizada cabellera, la agitaba levemente, y esto daba un mayor efecto á la varonil hermosura de Nuñez de Lara.

Esta situacion duró un momento, porque en el punto en que Giazul se acercó y se puso á mirar entre las matas, el valiente corcel lanzó, como avisando á su amo, un relincho de alarma, y olfateó hácia el sitio donde Giazul se encontraba.

D. Pero Nuñez, que tenia enseñado á su caballo, y que le entendia poco ménos que si el noble animal hubiera tenido palabras, conoció que muy cerca habia algun extraño.

Y como aquel extraño podia ser un peligro, deduciendo el lugar donde aquel peligro podia hallarse á causa de la direccion del olfateo del caballo, echó mano á su espada, la desenvainó, y se fué de punta hácia el lugar donde Giazul, tras las altas matas, se ocultaba.

Giazul sintió miedo y lanzó un grito.

Al conocer por aquel grito que se trataba de una mujer, D. Pero Nuñez de Lara bajó la punta de su espada, se lanzó hácia donde el grito



habia resonado, abrió las matas, vió á Giazul, y se quedó estático.

Nunca tan sobrehumana hermosura le habia deslumbrado.

Estática estaba asimismo Giazul.

—¿Quién eres?—la preguntó, en algarabía ó arábigo aljamiado, lenguaje que usaba para entenderse los moros y los cristianos, Nuñez de Lara, pasando por entre las matas y envainando su espada.

—¿Qué te importa quien yo sea, cristiano?—dijo recobrándose Giazul y afectando enojo.—¿Por qué has venido temerariamente á entrarte aquí donde puedès encontrar una muerte segura?

—Ya la he encontrado,—contestó todo conmovido y pálido Nuñez de Lara,—porque, viéndote, señora, mi muerte he hallado y aún mi condenacion, porque no otra cosa que un infierno de tormentos será mi vida, si despues de haberte visto á verte no vuelvo.

—Lo que importa es que te vayas,—le dijo Giazul,—que aquí no estás bien, porque si te descubren con tu cabeza has de pagar tu atrevimiento: gente de guerra, mucha y bien armada hay aquí, contra la cual seria una temeridad tu resistencia, y pues el santo Allah ha querido que yo te vea y que no sea sanguinaria, sálvate.

—Pues bien, sígueme,—la dijo Nuñez de Lara;—yo te pondré sobre mi caballo, y por el vado del rio que hay más abajo, te llevaré á nuestro real de Alcalá.

—Yo no iré á la ciudad maldita sino muerta, ó cuando los buenos creyentes la hayan recobrado de vosotros, los impíos nazarenos.

—Pues mira, cómo ha de ser,—dijo Nuñez de Lara,—porque si tú no partes conmigo, yo aquí me quedo, suceda lo que suceda, y cuéstemelo que me cueste.

Nubláronsele los ojos á Giazul, que ya no podia estar más enamorada.

En las palabras, en el acento, en la mirada, en el semblante de Nuñez de Lara habia una tal resolucion, que no podia dudarse de que cumpliria lo que decia.

Giazul lo temió todo, y juntando las manos, y con acento suplicante, exclamó:

—Sálvate, cristiano, porque aunque yo ofenda á Dios temiendo que te pierdas, no puedo dejar de temerlo. Sálvate por mí, y si por mí no quieres hacerlo, acuérdate de tu buena madre que tal vez no tiene otro hijo que tú.

Alzó los ojos y las manos al cielo Nuñez de Lara y exclamó.

—Mi buena madre que está allá, sabe, luz de



la luz, hermosura de la hermosura, que yo no puedo partirme de tí sin dejar contigo mi alma. Y qué he de hacer yo sin el alma mia loco y desesperado?

--Calla, calla, cristiano; no prosigas,—dijo Giazul,—que yo soy una buena creyente, y no puedo escuchar sin enojarme esas palabras que me dices.

—¿Y cómo no he de decirte que te amo,—dijo D. Pero Nuñez,—si á tí me arrastra el corazon, si hasta ahora yo no sabia lo que el amor era ni que tan infinitamente podia abrasar en su fuego un alma.

—Deja, deja, cristiano,—exclamó Giazul,—que estoy temblando toda, que si aquí te ven, perezcas, y yo no quiero que perezcas. Oh! No! Quiero que vivas, no sé por qué; tú eres el primer cristiano á quien yo no aborrezco, y pues que segun me parece, tú no has de irte, vuelve á ocultarte en la espesura, y espera á que yo vuelva.

Y Giazul se separó de Nuñez de Lara, y se alejó rápida y cuidadosa.

El jóven caballero volvió á ocultarse en la espesura y esperó ansioso.

---

## CAPITULO VII.

---

De cómo Pero Nuñez de Lara, que no sabia detenerse ante la muerte, fué contenido por el amor.

Todo reposaba en la quinta.

Sus habitantes reposaban durante las horas del gran calor en sus frías cámaras.

Giazul entró por una bella galería de arcos que al huerto daba, la recorrió, y á su extremo penetró en un pequeño y sombrío retrete de donde salia el lánguido sonido de una tiorba, blandamente tocada, como si no se hubiese querido que una armonía más fuerte pudiese despertar á álguien que reposase en un lugar inmediato.

El que esta tiorba tocaba estaba sentado sobre sus piernas, cruzadas en un diván.